



EL CIEGO

QUÉ es esa alegría del primer sol? ¿Por qué esa luz, cayendo sobre la tierra, nos llena así de la dicha de vivir? Azul está el cielo; la campiña, verde; son blancas las casas, y nuestros encantados ojos se beben esos vivos colores, de los que hacen alegría para nuestras almas. Y nos acometen ganas de bailar, ganas de correr, ganas de cantar, una venturosa frivolidad de pensamiento, una especie de ternura ampliada; se quisiera abrazar al sol.

Los ciegos, junto á las puertas, impasibles en su eterna obscuridad, permanecen tranquilos como siempre, en medio de esa alegría nueva, y, sin comprender, apaciguan á cada instante á su perro, que quisiera saltar.

Cuando regresan, terminado el día, del brazo

de un joven hermano ó de una hermanita, si la criatura dice: «¡Qué bueno ha hecho hoy!», el otro responde: «Ya lo he notado; Lulú no podía estarse quieto.»

He conocido á uno de estos hombres, cuya vida fué uno de los más crueles martirios que se puedan imaginar.

Era un campesino, el hijo de un agricultor normando. Mientras el padre y la madre vivieron, casi casi se tuvo cuidado de él; no sufrió más que los efectos de su horrible enfermedad; pero, en cuanto los viejos desaparecieron de este mundo, la existencia cruel comenzó. Recogido por una hermana, todos en la granja le trataban como á un pícaro que se traga el pan de los demás. A cada comida se le echaba en cara el alimento; llamábanle holgazán, vago; y, aun cuando el marido de su hermana se hubiese apoderado de lo que por herencia le correspondía, se le daba con sentimiento la sopa, justamente en la cantidad necesaria para que no se muriese de hambre.

Tenía pálido rostro y dos grandes ojos blancos, como obleas, permaneciendo impasible bajo el insulto, tan encerrado en sí mismo, que se ignoraba

si le sentía. Nunca, por otra parte, había conocido ninguna ternura; pues siempre su madre le había tratado con cierta rudeza, á causa del poco cariño que le profesaba; porque en el campo los inútiles son perjudiciales, y los aldeanos harían de buena gana lo que las gallinas, que matan á sus hijos enfermizos.

En cuanto terminaba la sopa iba á sentarse delante de la puerta en verano, contra la chimenea en invierno, y no se movía hasta por la noche. No hacía ni un gesto, ni un movimiento; sólo sus párpados, que agitaba una especie de padecimiento nervioso, caían á veces sobre la blanca mancha de sus ojos muertos. ¿Tenía un espíritu, un pensamiento, una conciencia clara de su vida? Nadie se lo preguntaba.

Durante algunos años, así marcharon las cosas. Pero su impotencia para hacer nada y su impasibilidad acabaron por exasperar á sus parientes, y se convirtió en un macho de carga, en una especie de bufón-mártir, de presa entregada á la ferocidad nativa, á la salvaje alegría de los brutos que le rodeaban.

Se imaginaron todas las crueles farsas que su ce-

guera pudo inspirar. Y, para cobrarse lo que se trabajaba, hicieron de sus comidas horas de placer para los vecinos y de suplicio para el impotente.

Los lugareños de las casas próximas acudían á



aquellas diversiones; se avisaban de puerta en puerta, y la cocina de la granja estaba llena todos los días.

Unas veces ponían sobre la mesa, delante del plato en que él empezaba á comer, un gato ó un perro. El animal, con su instinto, olisqueaba la enfermedad del hombre y, poco á poco, se acercaba,

comía sin ruido, lamiendo delicadamente; y cuando un golpe de lengua algo ruidoso despertaba la atención del desdichado, se apartaba con prudencia para evitar el cucharetazo que él daba al azar delante de sí.

Entonces todo eran risas, empujones y pataleo en los espectadores, amontonados á lo largo de las paredes. Y él, sin decir una palabra, se ponía de nuevo á comer con la mano derecha, mientras que, con la izquierda adelantada, protegía y defendía su plato.

Otras veces hacíanle masticar corcho, madera, hojas y hasta inmundicias que no podía distinguir.

Luego se cansaron de las bromas, y el cuñado, rabioso de tener que alimentarle, golpeóle, abofeteóle constantemente, riéndose ante los esfuerzos inútiles del inválido para rehuir los golpes ó devolverlos. Y esto dió lugar á un juego nuevo: el juego de los cachetes. Y todos, jornaleros y criadas, sentábanle á cada instante la mano en el rostro, lo que imprimía á sus párpados un precipitado movimiento. No sabía dónde ocultarse, y permanecía sin cesar con los brazos extendidos para evitar que se le acercase nadie.

Y, por último, le obligaron á mendigar. Colocabanle en los caminos los días de mercado; y en cuanto oía ruido de pasos ó el rodar de un carruaje,



tendía su sombrero, balbuceando: «¡Una limosna, por compasión!»

Pero el lugareño no es pródigo, y semanas enteras transcurrían sin que recogiese un sueldo.



Desencadenóse contra él entonces un odio despiadado. Y he aquí cómo murió:

Aquel invierno la tierra estaba cubierta de nieve y helaba horribilmente. Y su cuñado llevóle una mañana á cierta carretera muy distante para que pidiese limosna. Allí le dejó todo el día, y cuando llegó la noche aseguró á su familia que no había podido encontrarle. Luego añadió:

—¡Bah! No hay que ocuparse de él; alguien le

habrá llevado á algún sitio para librarle del frío. ¡Pardiez, no se habrá muerto! ¡Ya veréis cómo viene mañana á tragarse la sopa!

Al siguiente día no se le vió.

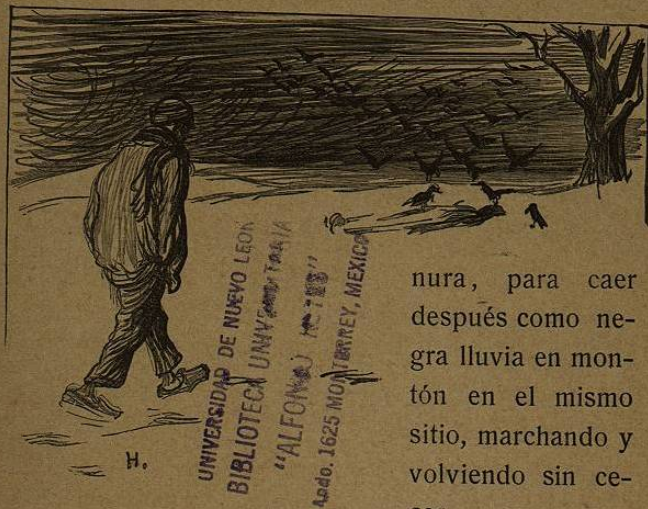
Después de algunas horas de espera, presa del frío, sintiéndose morir, el ciego se puso á andar. No pudiendo reconocer el camino, cubierto por aquella helada espuma, había vagado á la ventura, cayendo en las cunetas, levantándose, siempre mudo, en busca de una casa.

Pero el entorpecimiento de las nieves habíale invadido poco á poco, y, no pudiendo ya conducirle sus débiles piernas, se había sentado en una llanura. Y no se volvió á levantar.

Los blancos copos que constantemente caían le sepultaron. Su atiesado cuerpo desapareció bajo la incesante acumulación de su número infinito; y nada indicaba el lugar en que el cadáver estaba oculto.

Sus parientes fingieron interesarse por su suerte y buscarle durante ocho días. Hasta lloraron.

El invierno era crudo y el deshielo se hizo esperar. Mas he aquí que un domingo, conforme iban á misa, los de la granja observaron que una bandada de cuervos revoloteaba un buen rato sobre la lla-



nura, para caer después como negra lluvia en montón en el mismo sitio, marchando y volviendo sin cesar.

A la semana siguiente, las sombrías aves aún estaban allí.

Formaban bajo el cielo una nube, cual si se hubiesen reunido de todos los puntos del horizonte; y se dejaban caer con grandes gritos sobre la brillante nieve, que manchaban de un modo extraño, registrándola con obstinación.

Un mozo fué á ver lo que hacían, y descubrió el cuerpo del ciego, medio devorado ya, todo desgarrado. Sus pálidos ojos habían desaparecido, picoteados por los largos picos voraces.

30530

Y no puedo nunca experimentar la viva alegría de los días de sol sin un recuerdo triste y un pensamiento melancólico para el miserable, tan desheredado en la vida que su espantosa muerte fué un alivio para todos los que le conocieran.



EL PASTEL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIGAMOS que se llamaba la señora de Anserre, á fin de que no se descubra su nombre verdadero.

Era uno de esos cometas parisienses que dejan tras sí como un rastro luminoso. Hacía versos é inventaba noticias, tenía un corazón poético y era soberanamente hermosa. Recibía poco, nada más que á las personas distinguidas, á aquellos á quienes comúnmente se llama príncipes de algo. Ser admitido en su casa era un título, un verdadero título honorífico; así al menos se apreciaban sus invitaciones.

Su marido desempeñaba el papel de un satélite obscuro. Ser el esposo de un astro no es cosa que carezca de inconvenientes. Aquél, sin embargo, había tenido una idea feliz; la de crear un Estado en